

no habrá consuelo; para tí no habrá nunca redención. . . . .

Aún no se había oído resonar esta horrible y espantosa blasfemia del génio del mal, cuando descendió del cielo el Arcángel, en cuya presencia tiembla azorado Satán. Cortando las ondas de los soles, como el ave corta con sus aladas plumas las ondas del aire; alentado por la bendición divina que había recibido antes de comenzar su carrera al través de los mundos; exhalando de sus lábios entreabiertos la palabra que es como el centro de todas las esferas, de todos los círculos, de todas las armonías del Universo; resplandeciente con el reflejo de la eterna hermosura, del arquetipo que reside virtualmente en Dios, el Arcángel mensajero de lo infinito, envuelto en un manto más trasparente que el cielo del Edén, coronado por su rubia cabellera, que cae sobre sus espaldas como los rayos del sol sobre los espacios, circundado de azulada nube de incienso formada por las oraciones de todos los séres, arroja de su mirar sobre la tierra, aún calcinada por el rayo, la aurora de un nuevo día, y ahuyenta con sus argentadas alas, más bellas que el resplandor de la luna, las espesas sombras, posándose tranquilo en un cedro del Libano, como la paloma del

valle cuando se recoge amorosa sobre su pequeño nido.

SATAN.

Veo aparecer á mi eterno enemigo entre las nubes tempestuosas del cielo. ¿Crees que vas á salvar al hombre de la esclavitud en que ha caído? La libertad huyó para siempre de la conciencia humana. Donde estaba su luz están ahora tan sólo mis tinieblas. ¿Podrá el hombre sacudir el mal con sus propias fuerzas? Yo le he arrancado el ideal de perfeccion, y ha descendido á perderse en el polvo como el último gusanillo de la tierra. La distancia que separa el mal del bien es infinita. ¿Quién llenará ese inmenso y pavoroso abismo? Ha violado la ley universal de la vida; ha desconcertado la armonía eterna de la naturaleza; ha puesto en el disco de su propio espíritu, más brillante que el sol, las nieblas del mal. ¿Quién podrá recomponer el espíritu humano, destrozado por mis garras? ¿Quién podrá ir al bien por el camino de fuego del sacrificio? ¿Quién sacrificará el día transitorio en aras de la eterna felicidad? El hombre es mi presa. Nadie puede arrebátarmela; porque lo tengo entre mis garras y lo machaco entre mis dientes. Corre, Oriel, ser



desgraciado, corre por la tierra, pária, ilota, esclavo, siervo, á ver si hay quien te quite del cuello la cadena.

Aún no habia proferido estas palabras, cuando el Arcángel elevó su dedo al cielo. Entonces se vió aparecer sobre la luna, vestida del sol, coronada de estrellas, una mujer divina que con su planta quebrantaba la cabeza de una serpiente. Sobre cuya frente se perdian, cerca ya de los últimos limites del Universo, dos ángeles que llevaban en sus manos una cruz de astros rodeada de coros de serafines, entonando melancólicos y sublimes cantares cuyos ecos conmovian el Universo, sobre el cual bajaba una lágrima vertida por el Eterno Verbo desde la region de lo infinito.

Apenas habia esta vision celeste iluminado el mundo, cuando surgió, sentado en tempestuosa nube, un anciano venerable, sobre cuya cabeza flotaba una aureola de luz, y á cuyos piés un ángel sostenia un gran libro, en el cual iba grabando con letras de fuego sus íntimos pensamientos. Veo, escribia, levantarse una torre cuya cima frisa con las nubes, cuyos cimimientos se agarran á las entrañas de la tierra. Es un mundo levantado sobre este mundo. La tempestad cuando pasa se revuelca un instante en sus alturas, y el huracan se es-

trella contra sus fuertes inquebrantables muros. Allá en sus oscuros antros cree el hombre que se va á ocultar de su Dios, como si la mirada divina no penetrara esos muros cual penetra la pequeña losa del cráneo. Orgullosa está el hombre mirando su habitacion, como el águila mira altanera su nido. Pero de pronto un volcan estalla al pié de la torre, y sus piedras ruedan confundidas con las masas de lava que el volcan escupe, negra baba caida de sus oscuras fáuces. En el mismo instante, el huracan que de los cuatro puntos del horizonte se levanta, dispersa á los hombres, arrojándolos por apartadas regiones de la tierra. Unos se pierden allá en un bosque inmenso y oscuro, donde al aspirar el aroma de sus mil flores se enervan con la pereza y se emponzoñan con el placer, que es miel para el lábio y veneno para las entrañas. Otros se desparraman por los desiertos, en cuyas ardientes arenas encienden sus almas para una eterna guerra. Estos se quedan casi helados entre las nieves eternas, y la soledad y el frio los obligan á calentarse en la hoguera de su propia alma. Aquellos audaces andan, andan, como si una espina se les clavase cada vez que quieren asentar el pié en la tierra. Todos buscan á Dios; pero todos tienen la frente sellada



con la marca del primer delito. Allí, á un lado, tendido en tierra, veo un sér infeliz. Su cuerpo está despierto, sus brazos trabajan, se mueven sus piés; pero su alma duerme profundísimo eterno sueño. Dios habia hecho á todos los hombres iguales. A todos les habia dado un sentimiento para que reflejasen la naturaleza, una fantasía para que creasen otra nueva obra dentro de la creacion divina, una inteligencia para que conociesen las armonías que enlazan todos los séres, una razon superior para que se perdieran en el cielo. Y el hombre se ha acercado al hombre, y en vez de llamarle hermano le ha llamado esclavo. El alma, que era una paloma, se ha convertido y trasformado en una serpiente. En la copa donde estaba la vida para todos, han vertido los hombres algunas amargas gotas de amarguísimo veneno. El esclavo, que habia venido á ser como el ángel custodio, se convertirá en la eterna victima sacrificada en las aras de la tierra. En cambio de la vida que traia, le darán la muerte; pero no la muerte del cuerpo, que es de un dia, sino hasta la muerte del espíritu. El infeliz no conocerá á Dios, no podrá espaciar en el cielo su alma, ni guarecerse en la esperanza. No podrá ir al seno del hogar á encontrar en brazos de

la mujer amada un alivio á sus dolores y un paño para sus lágrimas. No podrá ver reproducida y aumentada su vida en sus hijos, porque le arrancarán sus hijos de los brazos, y los venderán como vil mercancia. No sabrá quién es su madre, porque, concluida su lactancia, le apartarán como á la fiera de su madre. No sabrá lo que es el hombre, porque el hombre será para el esclavo como el cazador para la fiera. Y su alma caerá en postracion tan grande, que se dormirá contenta en ese calabozo. La libertad heriria al infeliz, como la luz del dia hiere la pupila del ave nocturna. La marca del hierro encendido que manchará su frente, quemará tambien su espíritu, evaporándolo como el fuego evapora el agua. Le parecerá que la cadena es parte de su sér, y la arrastrará por montes, por valles, por desfiladeros, sin quebrarla nunca, á pesar de que para quebrarla tiene el derecho en su alma y la fuerza en sus brazos. Y así andará de region en region, siendo su conciencia como un cáos y su vida como un remordimiento eterno de la naturaleza. Sobre sus anchas espaldas extenderá la sociedad sus cimientos, y la sociedad lo olvidará. ¿Se acuerda, por ventura, el árbol de la tierra á la que toma su jugo? ¿Se acuerda el reptil del árbol



de que se alimenta? ¿Se acuerda el ave del aire, ni el pez del agua? Pero no temas, hijo de la noche. Ya veo que las estrellas escriben allá en los espacios la palabra misteriosísima que va á explicar toda la historia, la palabra «REDENCION DEL ESCLAVO.»

## EL PÁRIA.

### JORNADA SEGUNDA.

#### I.

#### VALMILKI.

Aquí, en esta soledad, siento descender una voz del cielo que llena toda la tierra. En el seno de estos bosques cargados de rocío, teniendo por único templo el hondo valle, donde estoy más confundido con la eterna sustancia; bañándome en el agua sagrada del Tomoso, que tiene en sí disuelta la divina esencia; respirando el olor que me envía el sándalo como una emanacion del espíritu guardado en su corteza; viendo el papagayo saltar de rama en rama, y el cocodrilo deslizarse por la yerba; mirándome en el lago que retrata mi pensamiento, y en el cielo que repite el eco de mi voz; coronado por las sagradas hojas del lotho empapadas en lágrimas de los dioses,